

JAVIER DÍEZ CARMONA

# JUSTICIA



Antonio Arzamendi, exdirector de una sucursal bancaria jubilado, amanece con la noticia del asesinato de Rosa, el amor de su vida y la compañera de trabajo con quien planeaba compartir un tranquilo retiro en Choroní, su particular paraíso caribeño.

La policía habla de robo con violencia, pero el único testigo, un militar cubano retirado que llegó a la ciudad en busca de respuestas sobre el asesinato de su hijo, insiste en haber presenciado algo semejante a una ejecución. Ante el empeño de Arzamendi por conocer la verdad, el testigo, Osmany Arechabala, decide ayudarlo.

La misma noche de la muerte de Rosa aparece el cadáver de un hombre junto a un banco donde alguien ha escrito la palabra «Justicia». Dos días después, el asesinato de la hija de un acaudalado empresario de la construcción en el puerto viejo de Algorta pone en guardia a las autoridades. Y, a través de un portal de noticias sensacionalista, se comienza a difundir la teoría de que existe una organización dedicada a asesinar a empresarios y banqueros.

Osmany, Arzamendi y Borja Maruri, un investigador experto en fraudes contratado por la familia de una de las víctimas, tratarán de descubrir la identidad de los culpables y los motivos que se ocultan tras sus acciones.

La verdad no será agradable para nadie.

*Para Ane. Para Alma.  
Gracias por estar ahí*

PRIMERA PARTE

JUSTICIA

*Liquidar la delincuencia,  
es una plaga social,  
una raza despreciable,  
una raza a exterminar.*

La Polla Records,  
«Delincuencia»

DOMINGO

2 DE NOVIEMBRE DE 2014

## 1

El cubano se recostó en la barandilla y cerró los ojos. La lluvia resbalaba por los surcos de su rostro oscuro, una lluvia fría y persistente que mantenía a los últimos noctámbulos refugiados en los pubes, y a los habituales madrugadores de los domingos encogidos bajo el peso de las mantas.

El cubano extrañaba el calor. Con los zapatos anegados y el alma encogida, estudiaba el cauce y dejaba a su mente evadirse de un presente hecho de soledad y ausencias para regresar a los luminosos amaneceres de Santa Clara, donde el sol alimentaba los estómagos hambrientos de su niñez, o a los largos paseos vespertinos por el malecón habanero en compañía de mujeres cuyos rostros era ahora incapaz de perfilar. A la glacial brisa del Cantábrico contraponía los vendavales angoleños; a la monotonía de una lluvia que mojaba sin ser vista, los aguaceros del Congo, esas tormentas que resumían en su cálida ferocidad parte de la esencia del gran continente negro. El exasperante lagrimear de un cielo agazapado tras la niebla no presagiaba nada bueno.

Pero el cubano no era una persona propensa a la auto-compasión. Había en el mundo ciudades más feas que aquella partida en dos por un riachuelo al que orgullosa-

mente llamaban «la ría», y él conoció muchas de ellas. Ciudades de hielo sobre asfalto y nubes de toxinas recostadas sobre los tejados. Urbes de chabolas hacinadas en cerros dispuestos a derrumbarse bajo el primer chaparrón. Vertederos de miseria donde brotaban cabañas, casas, barrios y pueblos enteros; donde la gente moría sin saber que la vida era algo distinto de la supervivencia; donde la palabra dignidad era tabú y la escuela una ilusión. No. Bilbao no estaba tan mal. Todo es cuestión de perspectiva.

Se incorporó con un suspiro. Desde su renuncia voluntaria al sol, a las tardes de ron y plástica, al aroma a combustible mal quemado, acostumbraba acudir allí, al lugar donde el puente de la Ribera cruza el Nervión en un salto más torpe que ágil, en busca de respuestas. Pero no hay respuestas sin las preguntas adecuadas. Y el cubano no conseguía dar con las claves del silencioso interrogatorio al que, noche tras noche, sometía a las piedras del puente, a las turbias aguas de la ría, a las farolas y al persistente siri-miri.

Rodeado por el murmullo de una ciudad que se resistía al amanecer, deslizó la mirada sobre aceras, tejados y cerros oscurecidos. El domingo bostezaba entre las cumbres del Ganeta y el Pagasarri sin llegar a iluminar con su luz mortecina unas calles donde apenas cuatro borrachos desperdigados alteraban la hastiada calma de la madrugada. A su espalda quedaba lo que los bilbaínos llaman el Casco Viejo, el corazón medieval de una villa mercantil que derribó sus murallas atraída por las promesas del comercio, las finanzas y la modernidad. Lejos, quizá en torno a la catedral de Santiago, el rumor de las mangueras dela-

taba el trabajo de los barrenderos. Pero en la Ribera solo algún vehículo siseaba sobre el asfalto antes de perderse tras la curva del teatro Arriaga o cruzar el puente de la Merced para sumergirse en otra dimensión, en un Bilbao más siniestro y oscuro, en un Bilbao desconocido para la mayor parte de sus ciudadanos.

Por allí vagaban preguntas y recuerdos inventados. Por esas callejas de cocaína en las esquinas, de putas que exhibían su piel negra y la nostalgia de su patria, de mendigos que hurgaban en los contenedores. Por ese barrio maldito, evitado por los bilbaínos de bien, temido por las madres, silenciado por los medios de comunicación. Allí se apelotonaban sin orden ni concierto traficantes, proxenetas, ancianas de piernas varicosas y mirada curiosa, *ertzainas* de porte chulesco y, sobre todo, extranjeros. Magrebíes, congoleños, senegaleses, asiáticos, turcos y latinoamericanos formaban el sustrato mayoritario de los barrios altos de Bilbao, donde los varones adinerados disfrutaron, cuando las márgenes del Nervión vomitaban humo y acero, de los placeres del cabaré, la buena mesa y el contubernio obrero y patronal. Ahora, cuando museos de curvas imposibles ocupan el espacio de los astilleros, y las humaredas se deben solo a la mala combustión de los vehículos, la explosión de vida de esos barrios alejados de la ciudad habla quinientos idiomas con miles de acentos, sueña con la supervivencia y los papeles, aprieta los dientes y, tal vez, una navaja, y afronta el día a día con la única certeza de la incertidumbre. Por allí buscaba el cubano respuestas a preguntas que no lograba plantear.



Y allí fue donde la vio. Aunque la distancia era mucha, aunque los separaba una ría, el aparatoso andamiaje de una pasarela y la bruma de la llovizna, el cubano sabía distinguir los matices de un solo vistazo. Sabía intuir el peligro.

Y en el escaso segundo en que una mujer de pelo enlacedo vestida con una elegante gabardina ocupó su espacio visual, comprendió que algo pasaba. Algo despertó de golpe en él, ese algo intangible que, en el pasado, lo libró de más de una emboscada. No sabría explicar qué fue. ¿El leve encogimiento de sus hombros? ¿La expresión de aquel rostro que apenas si distinguía? ¿O acaso llegó a verlo solo un instante antes de que su cerebro fuera capaz de procesarlo? No. No había un detonante. Parte era experiencia. Parte, instinto. Pero supo que aquella mujer estaba en peligro.

Echó a correr luchando contra el tiempo incrustado en sus huesos y sus articulaciones, cuando apareció la sombra. Sin ruido, como si se deslizara sobre la acera, se abalanzó sobre su presa, que cayó al suelo sin un lamento. El cubano trepaba los primeros escalones de la pasarela maldiciendo en voz baja su edad y en voz alta al asesino, cuando este, ajeno a sus gritos, se inclinó sobre el cuerpo inerte de la víctima, le arrebató el bolso y, dejando tras de sí el brillo fugaz de una navaja, se perdió entre las sombras de unas calles acostumbradas a la violencia, el mutismo y el olvido.

## 2

Cuando la respiración de la mujer adquirió la regularidad del sueño, Giancarlo, como ella lo conocía, decidió que llevaba demasiado tiempo soportando el calor de aquel cuerpo desnudo. Abandonó el lecho procurando no despertarla y comenzó el registro.

Giancarlo, como ella lo conocía, era un adonis italiano de facciones perfectas, ojos azules de mirada intensa y cuerpo forjado en una batalla inacabable contra las olas del mar y los vaivenes del cuerpo femenino. Las greñas ordenadamente descuidadas le daban el encanto del bohemio; la voz profunda, la seguridad de promesas no enunciadas. Giancarlo, como ella lo conocía, tenía un don. Y aunque, superada la barrera de los cuarenta, ya no eran jóvenes aspirantes a modelo quienes caían rendidas a sus pies, debía reconocer que, cuanto mayor era su presa, más rentable le resultaba el trabajo.

Al tiempo que registraba los cajones, Luca, como se leía en el pasaporte que nunca tuvo necesidad de falsificar, trazaba el itinerario hacia su próximo destino. Eran las cinco de la mañana de un domingo triste y lluvioso, tan triste y lluvioso como todos los que llevaba en aquella ciudad de fealdad disimulada, a golpe de talonario, por Frank Gehry, Norman Foster o Zaha Hadid. Sonrió. Su Juve tam-

bién intentaba acallar las vergüenzas de su paso por la Serie B con fichajes astronómicos. «Todo todo se arregla con un talonario», pensó mientras, en contra de su propia reflexión, buscaba entre las pertenencias de la durmiente dinero en efectivo, tarjetas, joyas o cualquier objeto que pudiera vender de forma sencilla y, sobre todo, rápida.

La vivienda, un piso amplio con las paredes empapeladas con flores grises y geometrías oscuras, abría sus ventanas a la plaza Indautxu, una explanada blanca y sin gracia salpicada de minúsculos arbolitos huérfanos de tierra, césped y aire puro. Justo frente a la casa, el horroroso edificio de la iglesia dibujaba su burda cruz de hormigón sobre el anodino triángulo de la fachada. Giancarlo, o Luca, se detuvo un momento delante de los cristales y escudriñó el paisaje con expresión de fastidio. Para un turinés, llamar «iglesia» a esa suerte de pabellón industrial era un insulto, una ofensa a la belleza atemporal de la *chiesa* de la Gran Madre de Dio o la de San Filippo Neri, a la recia elegancia del Duomo o al conjunto de la *piazza* de San Carlo, una plaza como Dios manda, no un descampado de cemento. Aquel lugar del que tanto presumían los bilbaínos, aquel engendro de templo donde, según la divorciada cuyos ronquidos invadían en ese momento el dormitorio, el salón y el pasillo, se juntaba cada domingo lo más granado de la ciudad, le provocaba una tristeza desconocida: la nostalgia de un lugar que nunca extrañó. Llovía, y los círculos que las gotas dibujaban en los charcos brillaban con destellos anaranjados y blanquecinos. Ningún coche rompía el silencio de aquel otoño invernal, ningún grupo de borrachos alzaba al viento sus voces aguardentosas. Sus-

piró. Regresar a Turín, a sus calles bañadas por el sol, a su tráfico incesante y los cafés de sus callejas peatonales. Suspiró otra vez. Para regresar, necesitaba dinero.

Terminó de vestirse y se puso el chubasquero con la mente en playas de olas provocativas como las curvas de las turistas. Se guardó en el bolsillo interior el magro botín y, sin permitir que la puerta protestara a esas horas intempestivas, abandonó el piso de su última conquista.

Respirar el aire frío de la calle fue una liberación. Poco a poco, de manera imperceptible, el sexo con desconocidas había perdido el aroma especial que tuvo años atrás. Ahora no era sino la expresión carnal de su propio fracaso. Alzó el rostro al cielo, negro como su esperanza, dejó que la lluvia se llevara en parte la desazón y otros sabores de sus labios y, con más desgana que ánimo, atravesó el vacío de la plaza.

Sobre el rumor ronco de la ciudad, ese susurro hecho de tráfico lejano, gritos imperceptibles en calles perdidas, golpes, música y alarmas alteradas que sobrevuela la aparente tranquilidad del Bilbao burgués, solo se oía el chirrido de sus botas y el repiqueteo del sirimiri sobre la capucha de su impermeable. Nadie desafiaba la madrugada moribunda, nadie tenía interés en adelantarse al alba en domingo. Aunque, mientras pensaba que la soledad de las calles era tan espesa como la del piso que acababa de abandonar, se percató de que un borracho dormía debajo de uno de los bancos de la plaza.

Había que estar muy mal para dormirse así, ajeno al frío y la lluvia de noviembre. Pero su radar pronto obvió aquel detalle sin importancia. A pesar de que las farolas teñían la

realidad en tonos sepias y engañosos, la calidad de su traje, negro... o puede que gris marengo, era patente, y los zapatos despedían el inimitable brillo de la piel más cara. «Un tío con pasta. Y completamente grogui», pensó Luca improvisando una sonrisa.

Despacio, con un sigilo más ridículo que sospechoso, recortó la distancia que los separaba. Nada rompía la calma de la incipiente mañana. La explanada desnuda era su aliada. Confirmó que ni trasnochadores descarriados ni madrugadores aburridos asomaban a las esquinas de la plaza, se inclinó sobre él y deslizó la mano hasta el interior de su chaqueta.

Solo entonces comprendió lo absurdo de su primera impresión. Solo entonces, cuando percibió la profundidad de un silencio sin respiraciones, comprendió que nadie, por más que haya bebido, se duerme bajo una lluvia como esa. En el momento en que sus dedos se cerraban sobre una abultada billetera, buscó el rostro del cuerpo que, inerte, se dejaba robar sin protestas. Y a duras penas pudo contener el vómito.

Aquel hombre no tenía rostro. No. En realidad, no tenía cabeza. Encogida entre los hombros, invisible a quien, como Luca, lo viera por detrás, reposaba una masa informe de huesos, sesos y sangre. Los charcos eran oscuros y espesos. Acuclillado sobre un cadáver demasiado reciente y con su cartera entre los dedos, Luca intentó pensar, tarea casi imposible dadas las circunstancias. Era un ladrón de poca monta, un triste gigoló metido a ratero. Y acababa de imprimir sus huellas en la billetera de una víctima de asesinato. Despacio, no tanto por la necesidad de sigilo

sino porque sus músculos parecían gelatina, se incorporó sin soltar la cartera, dio un par de pasos hacia atrás y descubrió la pintada.

Sobre el banco, escrita en rojo, se leía una sola palabra: JUSTICIA.

Luca dejó de pensar. Giró sobre sus talones y, abandonada toda prudencia, echó a correr.

## 3

Antonio Arzamendi subió la persiana, cerró los ojos, apretó los párpados y dejó que el tiempo transcurriera en completa oscuridad, con la absurda esperanza de que el martillo neumático que taladraba sus neuronas se apiadara de él. Nada de eso. La cabeza siguió doliéndole, y así seguiría hasta que los últimos ecos de la resaca fueran inaudibles. Un suspiro rasgó sus labios, resecos por el exceso de bebida, en el momento de dibujar una sonrisa de plenitud. Abrió los ojos y, descalzo y en pijama, salió al balcón.

Comprendió que era tarde en el pulso de la calle, en el rumor de los vecinos a la puerta de un bar, los conductores aparcando en doble fila y el aroma de rabas y patatas fritas. Mediodía de domingo. La calle se llenaba de ociosos y paseantes, de niños torturadores de tímpanos y escarates a balonazos, de chiquiteros de *txapela* ladeada, aliento ácido y sonrisa fácil. A su derecha, la única torre de la basílica señalaba el norte a feligreses y turistas despistados. A la izquierda, Virgen de Begoña, su calle de los últimos treinta y pico años, se hundía en el camino del Polvorín para precipitarse hacia el Casco Viejo por las ordenadas calzadas de Mallona. Decenas de paraguas ocupaban los más de trescientos escalones que separan la villa de la